

Desbrozando lo inefable

Andrés Moya

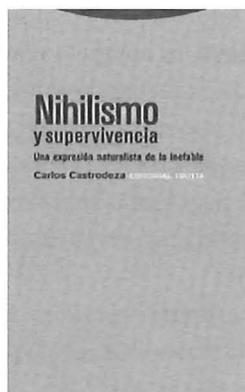
«Inefable» es aquello que con palabras no se puede explicar. Podría parecer, en primera instancia, que Carlos Castrodeza quiere llevarnos por ese camino seguido por cierto pensamiento occidental consistente en desentrañar lo inefable por medio de una filosofía de corte científico y naturalista.

No es en absoluto frecuente, en el panorama del pensamiento filosófico de nuestro país, encontrarse con un pensador que haga filosofía desde lo más profundo de la ciencia. Por supuesto que disponemos de profesionales de la filosofía de la ciencia, pero estos desarrollan más su trabajo pretendiendo examinar la naturaleza de su proceso y de si existe o no algo genuinamente aglutinador que pueda explicar el proceso del cambio en la misma. Pero no abunda tanto, ni tampoco en otras latitudes, todo sea dicho, aquello que de la ciencia hace sistema de pensamiento. Además, nuestra tradición de pensamiento filosófico ha venido siendo un tanto reacia a juntar ciencia y filosofía, algo mutuamente favorecido por ambos sectores. El dinamismo de la ciencia es tal que todos los días asistimos a suficientes hallazgos como para pensar que sus profesionales estén dispuestos a entrar en pausadas reflexiones en torno a sus fundamentos, o a la naturaleza del cambio de sus teorías. Y, por el otro lado, la filosofía en España, o buena parte de ella, parece volver la cara, o no prestar la consideración suficiente al alcance ontológico del descubrimiento científico, diario, multi-área y multi-nivel. Es como si tuviesen cierta reluctancia a ser tildados de cientificistas o sostenedores del lenguaje único y unilateral de la ciencia.

Para Castrodeza la ciencia no debiera estar demasiado alejada de la filosofía, porque probablemente sea una de sus mejores herramientas para avanzar en el camino de desbrozar lo inefable. Probablemente debido a su formación científica de base, pues procede de la biología, concretamente la genética animal y la evolución biológica de corte darwinista, Castrodeza lleva las tesis naturalistas hasta extremos insospechados. No quiere decir con ello que las lleve hasta el delirio, pero la verdad es que ni por un momento piensa que la cacareada falacia naturalista (donde los seres son lo que deben ser) sea una falacia tal. Su tesis central es que el debe «se puede explicar», y la ética no es otra cosa que el producto de la evolución darwiniana. Que su pensamiento esté errado o no va a depender, y mucho, de cómo evolucione el conocimiento sobre las bases biológicas del comportamiento humano, especialmente el comportamiento asociado a lo que

denominamos las categorías superiores y más genuinamente propias de nuestra especie: el lenguaje, la inteligencia, la capacidad de valorar, la anticipación, etc.

La tesis central de *Nihilismo y supervivencia* va en la línea de las otras obras publicadas a lo largo de los últimos cinco años por el autor. Como acabo de indicar, Castrodeza sostiene que la ciencia aporta la guía suprema para entender, para dar explicación a lo inexplicable, y que el proceso de explicabilidad es creciente. La explicabilidad no implica necesariamente un incremento en la autosatisfacción por acercarnos al conocimiento absoluto. Hemos conseguido incrementar los niveles de supervivencia de la especie, pese a las notorias diferencias sociales y geográficas todavía existentes, pero en modo alguno podemos sostener que por ello hayamos incrementado nuestra felicidad o el goce por sentirnos existentes.



Carlos Castrodeza

Nihilismo y supervivencia. Una expresión naturalista de lo inefable. Editorial Trotta, Madrid, 2007, 191 págs.

Ese camino de desbrozar lo inefable también nos lleva al nihilismo.

Tengo la vívida impresión de que Castrodeza está madurando su pensamiento hacia una posición de sistema filosófico y que esta obra, en cierto modo, trata de evaluar en qué medida su pensamiento naturalista (anti-inefable) entronca con otras tradiciones del pensamiento occidental que han venido sosteniendo la importancia de «lo natural», lo que admite comprensión y explicación, y también, de nuevo, lo natural en nosotros mismos y nuestras expectativas vitales. Tan es así que, como comenta, está en proceso de avanzar hacia una reconsideración del pensamiento occidental sobre tesis supuestamente naturalistas, en cuya obra trabaja actualmente.

Nihilismo y supervivencia es una especie de turbulento crisol de ideas que está pidiendo a gritos una síntesis que, por otra parte, se ve venir. Tomando la metáfora de la hidrodinámica, en la que los movimientos de los fluidos se clasifican en laminares y turbulentos, el pensamiento laminar se caracteriza por el sistema ideal, en el que a partir de unas tesis centrales, el resto nos aparece, cual sistema axiomático, como predecible. Todo lo contrario a lo que corre con el pensamiento en fase turbulenta. No se trata de dos formas alternativas de pensamiento, sino probablemente complementarias, pues cuando se está tratando de re-pensar un sistema bajo una perspectiva sustancialmente nueva, probablemente necesitemos pasar por un periodo de pensamiento turbulento. Esta obra pilla a Castrodeza en plena fase de pensamiento turbulento, está atando cabos, está justo en el nudo de una crisis, en pleno remolino. Su resolución puede llevar a un curso laminar. Aunque ha organizado la obra, la lectura del texto deja la clara impresión de que «está cocinando» una transición importante, que casi atisba, y cuya tesis esencial ya he comentado: la reconsideración de lo inefable en clave de ciencia y el alcance de tal intento.

Consta el libro de un prefacio, una introducción, cinco capítulos, un epílogo y una muy interesante bibliografía básica comentada. El prefacio es un resumen largo de la obra y plantea los contenidos y objetivos de los diferentes capítulos.

En el prefacio Castrodeza nos presenta, a través del mito de Narciso, el papel que la ciencia viene jugando al precipitar al hombre a una muerte de naturaleza un tanto singular. No puede ser de otra manera, porque si lo inefable nos disponía a ver en la condición humana algo radicalmente nuestro, un poso pre-teórico, una especie de sustancia existencial atemporal, ajena a los efectos cambiantes de los sistemas de pensamiento, lo cierto es que la ciencia viene a desvalijar tal poso. En la introducción Castrodeza desarrolla el concepto de lo inefable, y su capital importancia narcisista, frente a lo natural, lo conocible, lo que la ciencia nos suministra. Sostener la inefabilidad ha llevado a muchos a considerar el carácter prosaico, filosóficamente irrelevante, de lo natural en lo humano. Lo natural no puede ser condición esencial de lo humano y, por lo tanto, poco puede ayudar a entendernos. Pero, ¿es esto realmente así? Probablemente no. La historia del pensamiento sobre el hombre está plagada de elementos de exclusividad, diferenciadores, respecto de cualquier otra condición, empezando por los mitos, para luego continuar hacia una búsqueda de lo que pudiera representar la esencia de tal condición, aunque se hubiera abandonado el enfoque mitológico. Así, lo inefable forma parte de nuestra particular condición. Pero lo cierto es que la ciencia dilucida buena parte de tal condición, y por lo tanto tal inefabilidad queda descubierta, expuesta, con la más que probable y desagradable sospecha de que lo que vamos a ir descubriendo no nos hace «menos animales». Pero esto que vamos descubriendo tiene secuelas de todo tipo, algunas muy importantes.

En el capítulo I trata de desarrollar el discurso científico en torno a qué nos viene diciendo la ciencia, de forma sistemática y progresiva, a cuestiones tan variadas como nuestra naturaleza o identidad, la del alma, la existencia de Dios y la inmortalidad. Existe toda una tradición secular de pensamiento anti-inefable, muy vinculado a determinados científicos y filósofos ilustrados, que culmina en Darwin. El capítulo II continúa con la misma tesitura, pero esta vez atreviéndose con la ética y la política. Es decir, trata de evaluar en la forma menos inefable posible cómo puede interpretarse en un contexto naturalista la relación con los otros, asunto clave para entender la esencia de la ética y la política. Comentaba más arriba que el naturalismo anti-inefable conlleva secuelas. Si en los capítulos previos nos aporta las contribuciones de importantes pensadores, y la suya propia, al tema de la identidad humana y la relación con los otros, en el capítulo III nos muestra el alcance del sostenimiento de tal tesis. Y ello consiste en una especie de despersonalización creciente que abre el terreno al nihilismo en todas sus formas imaginables. El capítulo III, dramático y central, sin lugar a dudas, nos muestra a un Castrodeza en pleno remolino turbulento, en el centro mismo de su propio intento por captar la naturaleza del pensamiento moderno, de lo que pasa, en qué punto nos encontramos y a qué preguntas fundamentales queremos responder, pues probablemente estamos en una especie de movimiento a la deriva, y en qué medida estamos rompiendo, si no lo hemos hecho ya, con explicaciones para el sentido existencial que ya no valen. Y encorseta casi a un centenar de pensadores, en una especie de vorágine por comprender.

La ruptura de lo inefable nos ha llevado a la despersonalización. Castrodeza, en el capítulo IV, en su versión más biologicista, apuesta por dar una respuesta a

la citada despersonalización al ponernos en la mejor tradición naturalizante pero que, de forma muy original, se resuelve contra una posible tipificación de su obra como «cientificista». Y es que el genoma no solo constituye una suerte de prueba «real», anti-inefable, de nuestra despersonalización. Es que el genoma, los genes, guardan una explicación para lo inefable. Castrodeza lo denomina «la zona inefable del genoma». Frente al pensamiento estándar de que biología y cultura se complementan y el hombre es una entidad particular, precisamente porque la segunda nos ha llevado a mostrar lo inefable como algo diferencial frente a otras entidades, Castrodeza sostiene, en forma extrema, cómo la razón o la belleza, por hablar de dos formas supremas de la expresión de la cultura humanas, tienen su explicación desvelada en el genoma. Su epílogo, en buena medida, es una actualización en clave filosófica, de las mejores tesis de la moderna psicología evolutiva. Para Castrodeza lo inefable está en el genoma, responde a una historia evolutiva. Pero también es cierto que el pensamiento occidental ha sido un camino que ha posibilitado el hallazgo del genoma, porque nos hemos hecho preguntas de forma recurrente sobre lo inefable. Como Castrodeza comenta, son dos sub-Narcisos enfrentados, pero que se complementan.

El capítulo V podría parecer, al menos en primera instancia, que se desvía un tanto del resto de la obra, pero no deja de tener su interés el mostrar los puntos de conexión entre el intento de Castrodeza por anticiparnos un sistema filosófico amplio y las corrientes de pensamiento que, al menos en Occidente, dominan el panorama intelectual. Como si de espectadores externos fuera, Castrodeza efectúa un reparto planetario de las dos sub-culturas dominantes y que se corresponden, en cierto modo, con los dos sub-Narcisos confrontados. El pensamiento occidental fundamental reciente ha estado repartido por

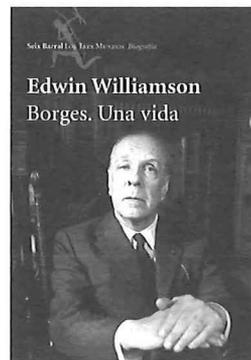
tierras de habla inglesa, francesa y alemana, y de forma más o menos verificable ha colapsado en dos visiones, como digo, confrontadas: la filosófica e inefable visión continental franco-germánica y la científica, desveladota y analítica visión anglosajona. Desde otros lugares, dice Castrodeza, nos sentimos colonizados y poco podemos hacer —el suyo es un intento notorio— por ganar alguna baza en esta batalla entre culturas. Este punto es particularmente darwiniano, y constituye la conexión con el resto de la obra, pues Castrodeza no deja de sostener el valor de supervivencia de unas culturas frente a otras. Los advenedizos, sostiene, lo único que podemos hacer es suscribirnos a una u otra, lo que nos da la «impresión» de estar en el juego. No debe sorprendernos, por lo tanto, los actos de supervivencia de otras culturas y sus intentos de desestabilización y agresión suicida contra las culturas imperantes.

Andrés Moya es catedrático de Genética y director del Instituto Cavanilles de Biodiversidad y Biología Evolutiva de la Universitat de València

Borges

Justo Serna

Partamos de algo archisabido: la existencia ordinaria y la obra eximia de un escritor tienen que ver entre sí, se entrecruzan y se nutren mutuamente, de modo que las vivencias sirven para crear y las creaciones sirven para vivir. ¿Determina el ser social la conciencia o es, por el contrario, la idea o la fantasía asilvestradas aquello que rige el devenir cotidiano del literato? El mundo no es un elemento obvio: es, por el contrario, un espacio regulado por códigos



Edwin Williamson
Borges. Una vida
Seix Barral, 2007, 640 págs.

y por normas que hay que aprender a descifrar para así sobrevivir resuelta y dignamente, con una eficacia aceptable, con un arresto útil. En un cierto sentido, ese desciframiento es común, lo compartimos unos y otros y con él nos valemos para convivir.

Pero, desde otro punto de vista, el mundo es un sitio raro, extraño, en el que cada individuo ha de enfrentar un enigma particular con mayor o menor pericia técnica o con mayor o menor imaginación pragmática. Hay gente que es muy inhábil en aquellos hábitos comunes y, por el contrario, es resueltamente perspicaz en sus audacias interpretativas, en sus fantasías. Pese a lo que pueda parecer, las fantasías no son actos individuales, ajenos a la colectividad: de la tradición y de nuestros mayores hemos recibido un acervo de ideas de las que también nos valemos para dar significado a lo que hacemos o a los otros hacen o a lo que, en fin, nos pasa.

El mundo no es, pues, un dato irrecusable de la experiencia personal, algo que supuestamente estaría ahí fuera dispuesto a ser